

al final de una succulenta comida, es como servirnos el sol en botella. Si comemos una fruta, respiramos una flor, admiramos un campo de trigo o nos ponemos a la lumbre en invierno, todo esto es sol almacenado. ¿Bebemos una taza de café? Acordémonos que si el café ha entrado en nuestras costumbres, es porque, desde el principio, pudo ser transportado a precios populares y, que la observación de los eclipses de los satélites de Júpiter fué a la que la navegación debió el poder calcular exactamente el camino de las embarcaciones por la determinación de las longitudes en el mar. Por otra parte, la navegación toda entera no existiría sin la Astronomía, etc., etc.

¿Cómo se explica que los ciudadanos de la Tierra conozcan, en general, tan poco del astro que habitan, cuando nada en el mundo es tan interesante como el estudio del Universo? No debe suceder lo mismo entre los habitantes de los otros mundos, porque, de otra manera, el universo infinito estaría poblado de seres que no saben siquiera donde están. Si no conociéramos verdaderamente ni la naturaleza calorífica del Sol, ni la posición de nuestro planeta en el sistema solar, ni la causa de las estaciones, de los años, de los días y de las noches, seríamos comparables a los ciegos y no tendríamos sobre la creación más que ideas oscuras, estrechas, inexactas e imperfectas. La Astronomía nos toca mucho más íntimamente de lo que en general se cree; no solamente es la primera de las Ciencias, sino que también, su conocimiento, por lo menos elemental, es indispensable a toda instrucción que quiera ser sólida, completa, integral y racional.

Mi programa, como se vé, tenía un doble carácter :

enseñar, por una parte, que la Astronomía es la demostración de la vida universal y eterna, y hacer conocer, por otra, las verdades astronómicas fundamentales, sin cuyo conocimiento no podría comprender la humanidad esta demostración de la vida sin fin en la inmensidad del universo.

He realizado, lo mejor que he podido, este programa demasiado vasto, en la medida de mis facultades, y fuera de todas las opiniones políticas y religiosas. Este programa moderno lo domina todo, y ha substituído, por la fuerza misma de las cosas, a la antigua doctrina cosmográfica de la Tierra central, fin de la creación, a la cual es diametralmente opuesto. El antropomorfismo debe ceder el puesto a la verdad astronómica.

Con un programa semejante no se puede consagrar ninguna hora de la vida a la ambición personal. Se es esclavo del deber. Además, tropezamos constantemente con todos los prejuicios de la ignorancia universal y con la tiranía de los conservadores del pasado.

La ignorancia astronómica general es verdaderamente pasmosa. Un día, el director de un gran periódico de París que iba a la caza de panteras en Argelia, vino a preguntarme si las fechas de las noches de luna clara eran las mismas en Argelia que en Francia!... Con ocasión del último paso de Mercurio delante del Sol, ciertos periódicos anunciaron que iba a efectuarse un eclipse de Sol por Mercurio, sin pensar que este paso es invisible a simple vista... He oído a algunas personas, hablando entre ellas, sostener que el Sol está más cerca de nosotros en verano que en invierno, demostrando así que no tenían nin-

guna idea de la causa de las estaciones y de los climas... En el mes de abril de 1905, los habitantes de Cherburgo tomaron a Venus, que brillaba por encima del horizonte, por un meteoro inexplicable, y salieron barcos para ir a verlo! Etc., etc.

Y por tanto, la Astronomía es todo.

Sin ella, no sabríamos nada. Si la humanidad habitara, por ejemplo, un mundo cuyo cielo permaneciera constantemente cubierto, estaríamos todavía en los limbos de la ignorancia más absoluta, la más grosera, la más infantil, la más salvaje.

Pero la Astronomía nos muestra sobre todo nuestra infinita pequeñez, nuestra *relatividad*, nuestra inferioridad y nuestra ignorancia.

Un día, en una reunión literaria donde cada uno charlaba según sus gustos y sus aptitudes, se me invitó a definir en seis líneas mi pensamiento sobre el universo, y entonces escribí la sextilla siguiente:

EL UNIVERSO Y EL HOMBRE

Dans l'infini des cieux, la Terre est un atome ;
 Du livre universel nous ne lisons qu'un tome.
 Sur un étroit sentier nous allons pas à pas ;
 Nous ne connaissons rien. Ne pontifions pas !
 La nuit met partout l'astre en ses plages fécondes.
 La vie et la pensée animent tous les mondes.

Se concibe que un astrónomo sea el antípoda de los ambiciosos y de los intrigantes. Un abismo los separa. Por lo que a mí toca, confieso no comprenderlos, y si no tuviera que guardar aquí escrupulosamente todas las reglas de la decencia, me atrevería a confesar que siento por ellos un profundo asco.

He visto algunos, los veo todos los días, los he

conocido y los conozco constantemente, que son de una nulidad absoluta como saber y como talento literario, no solamente sin genio de ningún género, excusado es decirlo, sino desprovistos de todo valor e incapaces de adquirirlo por el trabajo, de un talento mediocre y de un cerebro estéril, que llegan sin embargo a obtener excelentes puestos y hasta una especie de celebridad.

Adulando a los grandes, desdeñando a los pequeños, sempiternos zalameros, saben que la adulación entra por un oído, pero que no sale por el otro, porque el amor propio la retiene entre los dos. No valen nada, no son siquiera honrados, y obtienen sin embargo todo lo que quieren. Se introducen por todas partes, van mendigando, a derecha e izquierda, artículos sobre sus personas o sobre sus producciones insípidas, se humillan cuanto pueden, vuelven a la carga, molestan a los más pacientes y terminan por conquistar lo que desean, premios en las sociedades científicas o literarias o en el Instituto, citas que ponen sus nombres en evidencia, condecoraciones de un color cualquiera y aprobaciones de favor que debieran ir a otras individualidades, pero menos turbulentas. ¡El bombo... el bombo! Se encuentran personajes que llevan bien a la vista su roseta de oficial o comendador de la Legión de Honor que no tienen ni sombra de valor personal.

Hay otros que no son completamente nulos y que saben poner tan bien de relieve sus pequeñas cualidades, que se les ve sentarse en puestos de los que debieran haber permanecido siempre muy lejos. Entre otros, pudiera citar uno, desde hace mucho tiempo en la Academia francesa, que no ha tenido jamás

otro título a esta distinción que su vanidad personal. Ni siquiera sabe escribir el francés, y, sin embargo, ha llegado allá como literato.

Hay otros también de un real valor, pero para los cuales la ciencia, en lugar de llevar su fin en sí misma, no es considerada sino como un medio de ocupar posiciones lucrativas. Están a la pista de todos los puestos que puedan estar disponibles más tarde o más temprano, y no viven sino con el fin de cogerlos, sea con diplomacia, sea... a la bayoneta. En caso de necesidad, hacen trasladar a los titulares con un pretexto cualquiera. Las relaciones políticas son muy útiles en estos casos, y bajo todos los regímenes. Todo el mundo ha conocido a ese sabio ilustre que llegó a acaparar los puestos más diversos, hasta 22, y sobre cuya tumba se escribió este epitafio :

Aquí yace el ilustre..... :
Es el solo puesto que él no había pedido.

A todos estos acaparadores, prefiero el carácter de Arago, que se opuso siempre a la acumulación, de lo que él mismo dió un ejemplo. Todos sus sueldos reunidos no pasaron jamás de la suma de diez mil francos.

Los personajes empleados, que ascienden y que llegan, ocupan la mitad de su vida en diligencias, en visitas y en solicitudes. Es un tiempo precioso perdido para la ciencia y para el progreso de la humanidad al que hubieran podido contribuir. Hablo, naturalmente, de los hombres de valor. Por lo que a los otros respecta, pueden perder por completo el tiempo, si quieren : esto no tiene ninguna importancia.

El sentimiento no ha entrado jamás por ninguna parte en la vida de estos ambiciosos. No adquieren relaciones sino por el interés y calculando por adelantado el provecho que pueden sacar de ellas. Si reciben a alguien a su mesa, no es por gusto ni por simpatía, sino con el fin práctico que se descubrirá más pronto o más tarde. Cuando están en vuestra casa y encuentran en ella un personaje influyente que pueda servir a sus designios, se hacen presentar en seguida a él, ya no le abandonan y buscan entablar la amistad más íntima posible. Si nos ven trabajar en un estudio, escribir cartas o buscar la resolución de un problema, su primera idea es preguntarse cuanto nos reportará dicho trabajo. El dinero, el interés y el beneficio bajo una forma cualquiera, les parece el único fin de la existencia. En todos los actos de la vida, que para ellos son transacciones, no tienen otro interés que el de cosechar su « pequeño beneficio ».

Me parece, queridos lectores, ver a algunos de vosotros sonreír e imaginarse que pienso aquí en los descendientes de los que crucificaron al Mesías. Os engañáis ; conozco judíos de la generosidad más cristiana, y conozco cristianos de la avaricia más judaica ; no hablo aquí más que del carácter de los ambiciosos, que se encuentran por todas partes, sobre todo, según me parece, en la época actual, en que todos los franceses desean ser funcionarios.

La variedad de los tipos humanos es verdaderamente interesantísima y cometeríamos casi un error en lamentarla.

Hay hombres que trabajan sin cesar, durante su vida entera, sin un instante de reposo, como por

ejemplo, Le Verrier, Pasteur y Edison; hay otros que consagran al trabajo la mitad de su tiempo y la otra mitad a la vida mundana; y hay otros en fin que no hacen nada absolutamente. ¿Debemos juzgarlos? Me parece que todo el mundo tiene razón y que nadie se engaña, mientras no se sea nocivo a los demás. En definitiva, cada uno obra según su temperamento. Evidentemente, se puede pasar su tiempo de todas maneras. Y cuando se ve el minúsculo recuerdo que queda de los hombres, aun los más eminentes, algunos años solamente después de su partida de este mundo, se puede pensar que todo esto no tiene la menor importancia.

Pero no es menos interesante ver pasar la comedia humana.

Esta comedia llega a ser algunas veces tragedia. Un gran número de seres humanos llegan a ser desgraciados por su culpa, porque relacionan los acontecimientos con su propia persona, aun cuando estos acontecimientos les son completamente extraños. Este error es deplorable para su tranquilidad y, hasta a veces, resulta funesto para su salud; según la expresión vulgar, « se queman la sangre » injusta e inútilmente.

La carrera científica es la que suprime mejor las desigualdades de la fortuna y las vanidades del mundo. Mientras que, en general, no se mira más que la riqueza, aquí es nula y de ningún valor. Un día tenía a mi mesa unas quince personas de las que más de la mitad (por parte de los hombres) pertenecían al Instituto. Sabía que uno de ellos posee unos veinte millones, otro algunos millones y otros nada o casi nada. Gran desigualdad bajo este punto de

vista. Ahora bien, nadie pensaba ni podía pensar en este detalle. El más ilustre, el más respetado, el más buscado y el más admirado puede ser el más pobre: Képler, muriendo de hambre, es superior al señor de su distrito. A ningún sabio se le ocurriría hacer publicar, por los periódicos mundanos, que va a pasar un mes a la casa de campo del conde Tal, o que espera allí a su suegra, la marquesa de X... Pero todos los días se ven relatadas en largas columnas estas importantes estancias en el campo de tal o cual richón, con un automóvil de tantos caballos. Para los seres consagrados a la cultura de las ciencias, estas vanidades superficiales no existen. Su carrera es incomparablemente más sencilla y más independiente. No buscan la fortuna. Desean la luz en los espíritus, y la dicha y la justicia en la humanidad.

Los hombres son egoístas y casi todos no ven sino sus intereses personales; esta es quizás una manera de sentir extremadamente útil, pero confieso que no he podido comprenderla jamás. La naturaleza me ha incorporado a la categoría de los altruistas.

Es indiscutible que importa asegurarse el pan de cada día. Pero cuando se posee lo que es necesario, ¿por qué desear más y crearse necesidades superfluas? El *aurea mediocritas* cantada por Horacio y la honesta comodidad sin vanidad y sin ambición ¿no es lo mejor que existe? El placer del estudio es cien veces preferible al lujo. Trabajar con el fin de ganar dinero indefinidamente es un camino torcido para el hombre de ciencia así como para el artista. ¡Acumular! ¿Para qué?

¿No os parece la avaricia el más inexplicable de los vicios? ¿Para qué sirve el dinero que no se uti-

liza? Tengo el honor de contar en el número de mis relaciones cierto número de millonarios que jamás han podido decidirse a dar un billete de mil francos para ayudar al progreso de la ciencia. Amontonan millones y millones para dejarlos después de su muerte. Hay algunos que, por lo menos, se sirven de ellos por vanidad, en el momento de su muerte, por ejemplo MM. Osiris y Chauchard, de fresca memoria, de los que, el segundo sobre todo, es un notable ejemplo de egoísmo y de orgullo. En estos casos no hay ninguna generosidad, puesto que cuando se muere, ya cesa el goce de todo bien terrestre.

La variedad es grande entre los hombres. No hay ni dos que se parezcan. Todos los papanatas de París asistieron a las retumbantes honras fúnebres del multimillonario Chauchard, comentando en todos los tonos los legados de su testamento. En efecto, las disposiciones tomadas por el fundador de los Almacenes del Louvre son un poco desconcertantes. He aquí un individuo que salió de la nada y que ha tenido el mérito de llegar, por su trabajo, su razonamiento y su habilidad, — con el concurso de un gran número de colaboradores, — a crear en el centro de París una obra considerable, que le condujo personalmente a una inmensa fortuna, evaluada en ciento veinte millones. El sentimiento de la justicia más elemental hubiera debido inspirarle el deber de hacer aprovechar de él, primero a todos los empleados, grandes y pequeños, de su vasta industria, proporcionalmente a su situación en esta industria, y a asociar la Villa de París a sus generosidades de ultratumba. Hubiera podido también no olvidar que había explotado el trabajo de pobres mujeres para llegar a

vender ciertos objetos de tocado lo más baratos posible. Pero ¿qué hizo? Bombardeó con quince millones a un antiguo ministro y su familia, porque este ministro de Bellas Artes le había hecho creer que era excelente juez en la compra de sus cuadros, porque adulaba constantemente su inagotable vanidad, y porque le había otorgado el más alto grado de nuestra condecoración nacional.

Chauchard frecuentaba mucho los bastidores de la Opera, en compañía de M. Leygues. Un día, mientras hablaba con bailarinas, un grave accidente mutiló a un pobre maquinista. En aquel acto se hizo una colecta, y cada uno dió con arreglo a su bolsa. M. Chauchard se excusó, según se dice, simplemente diciendo que daba suficientemente por otras partes para las obras de beneficencia.

Un día de banquete aniversario de su cumpleaños, un convidado, se dice también, dirigió un brindis en honor del jefe de la casa : « Este siglo ha producido tres grandes hombres : Victor Hugo, Pasteur y usted ». M. Chauchard, después de un minuto de recogimiento, dijo a su vecino : « Oiga; pues es verdad; yo creía que no había más que dos, pues había olvidado a Pasteur; efectivamente hay tres ».

Lo que valió sobre todo a M. Chauchard su condecoración de Gran Cruz de la Legión de Honor, es la donación que hizo al Museo del Louvre de su colección de cuadros. Dos de los principales cuadros, el *Angelus* y la *Pastora y su Rebaño*, que fueron comprados en la venta del ministro belga Van Prad, son de Millet. Ahora bien, Millet, que murió pobre, ha dejado varios hijos en la miseria. Varias veces pidieron al multimillonario, en razón del lustre que le

proporcionaba la compra de los cuadros de su padre, de socorrerlos en algo. Pero jamás recibieron una respuesta.

Estos hombres no tienen corazón.

Tengo en París una especie de vecino cuya fortuna tiende hacia la precedente : unos sesenta millones colocados sobre todo en inmuebles ventajosos que le rentan netos del 5 al 6 por 100. Recauda, en cada término, al mediodía en punto, los 15 de enero, 15 de abril, 15 de julio y 15 de octubre, unos 825.000 francos, o sean más de tres millones por año, o lo que es lo mismo, 9.000 francos por día. Estas sumas son inmediatamente empleadas, desde el día siguiente al cobro de cada término, en la compra de nuevos inmuebles productivos, en cuyo acecho se ocupa sin cesar. Por sí mismo, no aprovecha este dinero en nada. Nadie le ha visto jamás dar cinco céntimos a un pobre, ni jamás recibe a su mesa a parientes ni amigos ; sus vestidos y su sombrero son siempre viejos y raidos ; su ropa interior es de un amarillo isabelino, color así calificado, porque debe su origen a la hija de Felipe II, Isabel, gobernadora de los Países Bajos, que había hecho voto, con ocasión del sitio de Ostende (1601-1604), de no cambiar de camisa hasta que su marido volviera victorioso. Un día, nuestro Harpagón recibió la visita de un eminente personaje, de paso por París, y que llegaba de un departamento bastante lejano. Se habló, y llegó la hora de mediodía. ¡ Gran perplejidad ! Despedir al influente personaje en el momento de almorzar, hubiera sido una torpeza, tanto más, cuanto que sus relaciones contaban ya veinte años. Pero a más de esto, su mesa era de una frugalidad y de una parsimonia estrechamente

calculadas. Nuestro hombre llamó a uno de sus emplados, le confió sus apuros, y, dándole una moneda de cinco francos, le rogó que fuese a buscar jamón a una salchichería y que arreglara un « almuerzo conveniente ». Después del almuerzo y después que marchó el visitante, este perfecto millonario volvió a llamar al empleado y le dijo :

— Todavía no me ha dado usted la vuelta del dinero que le dí.

— ¿ Qué vuelta ?

— La vuelta de los cinco francos.

— Pero, señor, los he gastado. Creí que su intención era emplearlos en redondear su almuerzo, y he añadido al jamón, galantina y una tarta.

— ¡ Desgraciado ! le gritó ; ya había yo advertido que no sabe usted lo que vale el dinero. Usted morirá en un hospital. Veo que no podré confiarle jamás nada importante.

Y por aquel motivo lo despidió de la casa.

¿ No pudiera esta gente darse la satisfacción de ser útiles mientras viven ? Cuando se piensa que podrían hacer tanto bien sin que les sirviera de gran molestia, difícilmente se les perdona su avaricia. El sitio que el Dante les ha destinado en el infierno no les castiga aún bastante. *Crescit nummi quantum ipsa pecunia crescit*, escribe Cicerón (*Atic.*) ; y dicho de otra manera : cuanto más dinero se tiene, más se quiere.

Me parece que en cuestión de avaros, el colmo de este género es la historia del marqués de Aligre, el hombre más rico de Francia en tiempos de Luis XV. Los paseantes de hoy pueden ver todavía su hotel en la rue Saint-Honoré. Por otra parte, su familia ha pasado siempre por ser una colección

perfecta de avaros enfeudados. (Hablo de la opinión pública en el siglo xviii). Un día que este « gentil-hombre » había hecho venir un notario a su casa, a fin de tratar uno de los innumerables negocios que le ocupaban, ordenó apagar las bujías, a pesar de ser de noche, diciendo : « No tenemos necesidad de ver claro para hablar; no conviene tirar la casa por la ventana ». El notario no objetó nada, pero, una vez tratado el asunto, y que el marqués ordenó traer hachas para acompañar al tabelión, reparó que éste se había quitado su calzón, y que lo llevaba debajo del brazo, mientras enseñaba sus piernas desnudas. Como se indignase, el otro le respondió simplemente : « Usted me ha dado el ejemplo, señor marqués, haciendo apagar las bujías por economía. Había pensado que mi hermoso calzón de seda era inútil para hablar de negocios, y me lo quité para no estropearlo ».

Muchas otras historietas se pudieran citar. Pero yo no soy Tallemant des Réaux, ni Molière, y solamente hablando es por lo que tocamos aquí diversos puntos, sin salirnos demasiado de nuestro cuadro.

Un hombre de corazón, modesto, servicial y desinteresado, es más estimable que cien millonarios egoístas reunidos.

Al lado de los avaros, hay pródigos y hay opulentos que tiran el dinero. Entre otros, he conocido al conde Javier Branicki, con el cual me encontré en relaciones a propósito de un viaje en globo, en el que me había acompañado. Como me hubiera invitado con gran insistencia a ir a almorzar con él, fui un día y me encontré en medio de unos diez convidados. Habitaba un elegante pabellón con jardín en la rue de la

Boétie. « Sepa usted que tiene aquí dispuesto su cubierto *todos los días*. » Lo que me decía era verdad, y yo no era una excepción. Todos los días del año había en su mesa doce cubiertos, servidos con una suculenta y copiosa comida. Me parece que cierto número de poloneses se consideraban allí como en su casa. Los vinos de Burdeos, de Borgoña, de Champagne, los licores y las cajas de cigarros, desaparecían como por encanto. El exceso de generosidad puede tener sus inconvenientes, pero seguramente todo el mundo lo preferirá al primero.

Si, la vanidad es grande en la humedad, y el progreso marcha.

Y siempre ha marchado. Esta es una ley fundamental de la naturaleza. Hojeando los documentos relativos al año 1867, donde estas Memorias nos han conducido, he encontrado un folletito verde, publicado por la librería Hachette, con el título de *Les Héros du travail*. Es una conferencia que yo había hecho en el asilo de Vincennes (y en la Asociación politécnica de Chaumont). En 1866 y « bajo el patronato de la emperatriz », se habían fundado allí conferencias populares destinadas a difundir la instrucción. Duruy no era extraño a esta fundación, aunque el clericalismo de la emperatriz se acordara mal con sus principios liberales. Por otra parte se estaba en buena compañía : Daubrée, Egger, Franck, Quatre-fages, Waddington, Levasseur, Lapommeraye, Baudrillard, Comberousse, Perdonnet, etc. Se recibía por estas conferencias, que habían de durar una hora, sea un billete de cien francos, sea una medalla de oro del mismo valor. Yo escogí la medalla, que me fué robada diez años más tarde, así como otros obje-

tos más o menos preciosos, por un inquilino que habitaba en el sexto piso de la casa, y que descendió por su balcón al mío por medio de una escalera ingeniosamente sujeta.

Más de un conferenciante había estado un poco cortesano, puesto que la emperatriz era la protectora de aquellas reuniones. Por lo que a mí toca, continué como de costumbre. He aquí el exordio de esta conferencia patrocinada por la esposa del sobrino de Napoleón :

Señores :

Hay en el mundo dos especies de glorias : una, la más brillante, es adquirida por los hombres ambiciosos que se colocaron a la cabeza de las naciones y, arrastrando consigo a lejanos países ejércitos de combatientes, supieron derramar la sangre de sus hermanos, conquistar territorios extranjeros y establecer su poder y su nombre sobre un temible pedestal, o sea sobre la razón del más fuerte. La otra gloria, más modesta, pertenece a los bienhechores de la humanidad que trabajaron, no por su interés personal, sino para aumentar la suma de nuestros conocimientos, elevar el espíritu humano y emanciparlo. De este orden de hombres es del que deseo hablaros hoy.

Presentaba en seguida a la admiración de mis oyentes los trabajos de Copérnico, Galileo, Képler, Newton, Bernard Palissy, Dionisio Papin, Laplace, Lagrange, Vauquelin, Franklin, William Herschel, Jacquard, Philippe de Girard, Richard Lenoir, el marqués de Jouffroy, Fulton, James Vatt, etc. Era el panorama de los grandes trabajadores del pensamiento.

Las conferencias que yo podía hacer en diversos puntos no impedían la regularidad bimensual de las

del boulevard des Capucines, cuyo éxito sirvió para repartir los conocimientos astronómicos entre las personas de la alta sociedad. Se escribieron muchos artículos sobre estas conferencias y se las comparó a ciertos cursos del Colegio de Francia que no tiene más que una decena de oyentes, y a veces menos, que van allá solo para calentarse, y cuyos titulares son grandemente pagados por el Estado, y esta comparación me creó nuevos enemigos, lo cual, por otra parte, me era por completo indiferente. Pero frecuentemente se volvió sobre la idea de ver fundar un curso de Astronomía popular en el Colegio de Francia. Y, en efecto, es verdaderamente extraño que la Astronomía no se enseñe en Francia en las cátedras del Estado. En ellas no se enseña más que la Cosmografía y la Mecánica celeste.

La conferencia de que acabo de hablar no ha sido impresa. ¡ Tanto de esto se lleva el viento ! Pero el título ha sido cogido después por Gastón Tissandier para una de sus obras. Las hojas de papel son hechas para volar como las de los árboles. Desde Gutenberg, los impresores han arrojado millares de millones a los cuatro puntos cardinales. ¿ Cuántas de ellas sobreviven en las bibliotecas ?